

LA FE  
EN LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.



EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis

BT301

D53

c.1

008478



1080020765

R. P. DIDON

De la orden de Santo Domingo

LA FE

EN LA

DIVINIDAD DE JESUCRISTO

Conferencia predicada en la Iglesia de la Magdalena

durante la

CUARESMA DE 1892

traducción directa del francés.

MEXICO.

GUILLERMO HERRERO Y CIA., EDITORES.

Libreria Religiosa

Almacén.

SAN JOSE EL REAL 3.

CALLEJON DE SANTA CLARA 10.

1894



Cecilia Alfonsina

Biblioteca Universitaria

FONDO ENFERMO  
VALVERDE Y TELLER

44847

Bt 301  
D 53

Propiedad asegurada conforme á la ley.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

A LOS ALUMNOS

DE LAS ESCUELAS

Alberto el Grande, Laplace

Y

LACORDAIRE

008178

## APROBACION DE LA ORDEN.

---

*Nos, los signatarios, hemos examinado por orden del R. Padre Provincial el libro intitulado: CONFERENCIAS SOBRE LA FE EN LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO, por el PADRE DIDÓN, de los Hermanos Predicadores, y aprobamos la publicaci6n.*

Fr. Antolin Villard,  
Maestro en Sagrada Teología.

Fr. José Herbert,  
Lector en Sagrada Teología.

*Paris, 1.º de Febrero de 1894.*

*Imprimase.*

Fr Raimundo Boulanger,  
Provincial.

---

AMIGOS MIOS:

Os dedico estas conferencias. No han sido compuestas con especialidad para vosotros, pero por vosotros principalmente les doy publicidad, dirigiéndooslas desde luego animado del ardiente deseo de veros compartir mis esperanzas, mis convicciones religiosas y mi fé.

Apóstol de Jesucristo, mi empeño mayor es el de revelarlo á aquellos que me están confiados, el de ayudarlos para que se conviertan en discípulos suyos, en discípulos amantes, inteligentes, fieles á pesar de la prueba, en despecho de la persecución y hasta en la muerte.

Ser discípulo de Jesucristo es escogerlo con libre voluntad aceptándolo como Maestro, es someterle nuestra razón para que la ilumine, nuestra conciencia con el fin de que la dirija y la mande, darle nuestra libertad y nuestra voluntad para que las sostenga estimulándolas por su espíritu, entregarle nuestra vida con el objeto de que la modele según la suya, y poner en sus manos nuestro destino para que lo cumpla.

El discípulo acepta como la verdad misma todo lo que Jesús ha dicho y ha enseñado; todo lo que él ha mandado lo recibe como la ley de perfección absoluta; y todo lo

que él ha hecho, lo toma como ejemplo, procurando imitarlo, del ideal sin tacha de la santidad. La palabra humana, cualquiera que ella sea, contraria á su palabra, está en error; la ley que se establezca en contradicción con su ley, es el mal; y toda vida que esté en oposición con su vida está en la corrupción. Abrid vuestro espíritu y vuestro corazón, amigos míos, al Espíritu del Cristo para que él llegue á ser en vosotros el principio divino de vuestra actividad universal.

A nadie llameis sobre la tierra: Maestro; no teneis en el orden de la vida eterna sino un Maestro: el Cristo. Ningún otro nombre, debajo del cielo, se le ha dado á los hombres para ser salvados, arrancados al mal y exaltados al bien.

Jesucristo es hoy para la humanidad entera lo que pretendió ser: el sendero, la verdad y la vida. El que no le conoce ignora á donde vá, no está en el camino, se agita en las tinieblas, y se entrega inerte á la ociosidad en las sombras de la muerte; y aquel que habiéndole conocido le abandona, se extravía, se ciega y pierde la vida eterna.

Ninguna ciencia humana alcanza á marcarnos nuestro destino supremo: ¿cómo pues nos franquearía la vía? Ninguna filosofía puede instruirnos en la verdad divina: ¿cómo iluminaría al alma hambrienta de lo divino? Ninguna fuerza creada puede levantarnos hasta Dios, hasta el Infinito: ¿de qué manera nos daría la vida de la que Dios es alimento eterno?

El discípulo de Jesucristo escapa á la fatalidad de estas impotencias contra las cuales choca y se rebela toda alma viva, ó bajo cuyo peso y á la larga, se rinde entristecida, sombría, desesperada. El discípulo de Jesucristo está manumitido de la servidumbre de los falsos maestros, puesto que conoce su incompetencia radical en el dominio del des-

tino. Si Dios existe, son incapaces, con toda su ciencia y su filosofía, para traducirnos su voluntad impenetrable.— Pero Dios no existe, dirán ellos.—No lo han probado nunca; ni aún han infirmado los testimonios firmes y constantes por medio de los cuales la razón sana y sólida demuestra á Dios.

El Maestro divino, al contrario, abre al creyente la vía por la cual debe caminar y en la que el Maestro entró el primero; le revela la verdad infinita de la que él es la encarnación humana, y le vierte en la voluntad al Espíritu Santo como un manantial de vida que se surte en el seno de Dios.

Todo lo que está en el Cristo y que llena la divinidad substancialmente, radia en su discípulo; su razón tiene para siempre la sola guía que jamás engaña; su conciencia el único consejo que no extravía; su voluntad la única fuerza que lo eleva al nivel de todos los deberes y lo mantiene á la altura de todos los sacrificios. El discípulo de Jesus no se pertenece ya á sí mismo; no forma sino uno con el Cristo; y en esta comunión íntima, inefable, el espíritu propio está suplantado en él por el espíritu de su Maestro.

La fé, amigos míos, es la que realiza este prodigio; ella es la que crea en nosotros al hombre nuevo, al hombre de Dios, al hombre eterno, al hombre manumitido de todas las servidumbres de la materia, de todas las tosquedades de la vida animal, de todas las impotencias y de todos los límites de la razón y de la libertad.

Este hombre nuevo, creado por el Cristo, está oculto por el velo de nuestras fragilidades y de nuestras miserias; pero crece en secreto al contacto del Espíritu invisible; y aquellos en los cuales se forma saben que aparecerá un día lleno de gloria, cuando Dios le abra y le franquee el umbral de la puerta de su reino eterno. De allí, desde este

mundo y sobre esta tierra en la que no hace sino pasar, la vitalidad infatigable del verdadero creyente, tiene conciencia de llevar en sí al Cristo vivo; se siente con él en la luz, en la fuerza y en la virtud de Dios. Sus esperanzas no se cansan nunca; su actividad no se agota jamás; sus nobles ambiciones nunca se sacian; su potencia de sacrificio jamás se enerva ni se desalienta. Siempre trabado, nunca reducido; siempre perseguido, jamás vencido; siempre menospreciado por los falsos sabios de este mundo y forzando el respeto de los más malévolos; tratado siempre como una ruina de lo que fué y no muriendo nunca, persistiendo siempre y rejuveneciéndose en un mundo hostil, inquieto, variable y caduco.

No es él quien se convertirá al escepticismo; el escéptico se aparta de su principio, sucumbe bajo el peso de su propia miseria, de su impotencia y de su nulidad, es un suicida del espíritu. Mientras que el discípulo de Jesucristo está arraigado por el corazón, por la voluntad, por la razón y por todo su ser en una fe plena en Aquel que es: es el viviente por excelencia. Tampoco es él quien se deja ganar al pesimismo y á quien se pregunta si la vida vale el trabajo de vivir. Mejor que ningún otro conoce el infinito precio de ella. Esta tierra de lodo le es querida y preciosa: ella ha presenciado la apacible radiación del Dios invisible en el Verbo hecho carne. ¿Y, él mismo, no ha salido á luz en este polvo, como un germen oscuro, para crecer hasta la altura de Dios que le ha creado y salvado?

¿Qué importan los dolores, las desazones, los pesares, las angustias de la existencia terrestre, para aquel que siente palpitar en sí el germen de la vida eterna? ¿Y para aquellos en quienes este germen no ha sido aun sembrado ó que habiéndolo sido lo han dejado morir, todas las alegrías, todas las voluptuosidades, toda la potencia, todas las victo-

rias de esta tierra, colmarán nunca el espantoso vacío que es el suplicio de las almas sin fe, sin Dios y sin esperanza?

En la escuela de un Maestro tal, amigos míos, no viviréis extraños á vuestro tiempo. Lo amareis sin adulación, pues él no está exento de miseria; lo juzgareis sin amargura pues sus defectos son dignos de piedad; lo servireis con abnegación y con esperanza como discípulos de Aquel que es Salvador universal y para el cual no hay herida incurable ni progreso imposible.

La masa de las inteligencias está deslumbrada, envanecida, embriagada de ciencia; conservad vuestra sangre fría y vuestra calma. Juzgad á esta claridad terrestre por lo que es, excelente para penetrar la materia, impotente para conocer al Espíritu, al Espíritu de quien todo procede, al Espíritu que todo lo rige, al Espíritu que todo lo anima, al Espíritu cuyo soplo todo lo sostiene y á cuya atracción está suspendido todo sér.

La ciencia es buena para vivir, en el tiempo, nuestra pequeña vida terrestre; no puede hacernos vivir en lo Infinito, en lo Eterno, la verdadera vida.

Los vanos sistemas de filosofía: panteísmo, materialismo, subjetivismo, idealismo, positivismo, escepticismo cuyo reinado efímero seduce á tantas inteligencias simples que creen que con frágiles combinaciones de pensamientos y de teorías, de hipótesis y de verdades demostradas pueden medir lo Universal, lo Infinito, lo Absoluto—los vanos sistemas de filosofía no hacen presa en el discípulo de Cristo. Los juzga y no puede ser juzgado por ellos puesto que los domina. Su razón ha sido libertada por la palabra de su Maestro; posee esta palabra por la fe, no la mide nunca sabiendo que es insondable; los sistemas humanos le recrean y le interesan pero no le tiranizan. Los trata con in-



dependencia y con un eclecticismo benevolente, sin estrechez y sin premeditación. Sabe que todos son incompletos: ¿para qué someterse á ellos? Reconoce en cada uno más ó ménos verdad: ¿por qué ha de desdeñar estas diversas luces y estos diamantes? Esta noble emancipación del espíritu ha llegado á ser para todo hombre libre la primera virtud intelectual en estos tiempos, y ha sido siempre la honra de los discípulos del Cristo.

Quando, poseídos de este espíritu de independencia viril, hayais hecho pié en el mundo moderno, no tardareis en ver, amigos míos, que está entregado á ruidosos, ardientes y universales conflictos. Ese mundo no es una tierra sólida, ni menos aún un mar ondulante y tranquilo, es más bien un oceano que atraviesan grandes corrientes impetuosas, y cuyas olas agitadas chocan sin tregua, con rabia y con estruendo.

El antagonismo existe donde quiera: entre la ciencia y la filosofía metafísica; entre estas dos grandes luces terrenales y la luz divina de la fe; entre la Iglesia y el Estado; entre gobernantes y gobernados; entre conservadores y progresistas; entre la clase que posee y la que no posee; entre el capital y el trabajo; entre la burguesía y los obreros; entre las naciones y las razas; entre los intereses y las ideas.

Sé que la lucha es la gran ley del universo y que se ejerce con mayor crueldad en el reino humano que en los otros reinos; pero, á pesar de esto, no quiero que os admireis ni os escandaliceis, ni, sobre todo, que os desanimeis á la vista de los crecientes conflictos cuyo espectáculo presentan nuestro tiempo y nuestro país, pues sé también que la lucha no es sino un estado pasajero que debe resolverse finalmente en un equilibrio duradero y perfecto.

El único antagonismo eterno es el del bien y el mal; los demás deben fundirse en la armonía efectiva de las fuer-

zas en oposición, ó—si estas fuerzas son inteligentes—en la mútua y dócil tolerancia.

El verdadero discípulo de Jesucristo es para el mal de una intransigencia absoluta, implacable. No conoce las capitulaciones vergonzosas; no se somete á ellas; no renuncia, protesta. Aun cuando él estuviera solo contra todos, guardaría íntegra su fe, como esos valientes en cuyas manos queda la bandera y que mueren sin entregarla, envueltos y sepultados en sus pliegues.

Separado el mal, el discípulo del Cristo se transforma y es en todas partes el hombre de la paz, fiel al espíritu de su Maestro que ha exaltado á los mansos diciendo de ellos que serían llamados los Hijos de Dios.

Trabaja por la armonía de las grandes fuerzas intelectuales de este mundo: la ciencia, la filosofía y la fe. La luz no puede ser contraria á la luz. Por diversos que sean sus rayos se funden en una misma claridad y se derivan de un mismo sol. Abriendo su alma al verbo eterno, no le sacrifica ni la ciencia ni la filosofía, se conserva hombre de experiencia que estudia los fenómenos visibles, hombre de razón que escudriña las causas transcendentales á la experiencia; y si corrige por medio de la Fe las aberraciones de la filosofía, si prohíbe á la ciencia que salga de sus límites, sabe también proyectar sobre la Fe las luces de la ciencia y la filosofía, con el objeto de hacer á la Fe más humana y más accesible para todos los hombres.

Cumplireis, amigos míos, en la medida de vuestro propio genio, esta obra de caridad y disipareis las tinieblas amontonadas por los espíritus estrechos á quienes seduce una ciencia inferior, ó á los que falsos sistemas tienen bajo su yugo replegados sobre sí mismos, impotentes para mirar y para escuchar las realidades radiantes y vibrantes del mundo divino.